

Efemérides

MARTÍ

EN

CARACAS

Puntualizando algunos datos

Con motivo de la conmemoración del 1er. Centenario del nacimiento del eximio patriota cubano José Martí, tanto las más altas entidades culturales como las publicaciones diarias y periódicos venezolanas, han hecho un generoso y bien justificado despliegue de conferencias, artículos, notas y aun material gráfico; con todo lo cual se ha contribuido a poner de relieve ante la opinión pública de todos los sectores, más que el significado convencional de la fecha que se conmemora, las esforzadas virtudes cívicas y los poco comunes méritos culturales de quien un día fué nuestro huésped y nuestro hermano.

Martí que profesó por modo singular un verdadero amor de hijo para con Venezuela, no podía menos de recibir de esta su segunda tierra madre, homenajes dignos de reconocimiento, que demostraran que a pesar de los casi tres cuartos de siglo pasados desde su visita a este valle de Caracas, su recuerdo ejemplar se guarda entre nosotros perenne y sin mezcla alguna de opacidad o deterioro.

Pero precisamente en torno al período de la estancia de Martí en Caracas hemos juzgado oportuno hacer algunas puntualizaciones; porque nos ha parecido advertir en varias de las publicaciones de esta fecha centenaria ciertas vaguedades e inexactitudes.

Y sea lo primero que se aclare, la fecha de la venida de Martí a Caracas, y el lapso de su permanencia entre nosotros.

Contrariamente a lo que se ha soli-

do escribir, Martí permaneció en Venezuela un tiempo brevísimo, que podría en verdad calificarse de simple visita. Sí sabemos, y es cierto, que la intención del joven patriota cubano al venir a Venezuela, era la de una larga permanencia a nuestro lado, pero que por circunstancias adversas se quedaron fallidos aquellos amistosos deseos.

La permanencia de Martí en Caracas apenas llegó a los cinco meses. Por carta suya escrita en Caracas a su gran amigo Don Fausto Teodoro Aldrey la víspera de su salida de La Guayra, de regreso a Norteamérica, sabemos con toda exactitud que permaneció en Venezuela hasta el 28 de julio de 1881.

Tal vez el más moderno y autorizado de sus biógrafos, y crítico de su obra literaria, sea el distinguido escritor y académico de la Academia Cubana de la Lengua, Don Juan J. Remos y Rubio, autor de la completísima *Historia de la Literatura Cubana* (tres tomos). Para el extenso capítulo que dedica a Martí, ha tenido a mano diversas biografías, y documentado en ellas ha podido elaborar una completa síntesis cronológica de la ajetreada vida del incansable viajero que fué Martí. En dicho capítulo, después de mostrarnos a Martí a principios de 1880 trabajando como periodista en Nueva York, nos informa de su viaje a Venezuela, de sus actividades aquí, y del contratiempo que lo obligó a regresarse a Norteamérica. De este regreso escribe textualmente el biógrafo Remos: "Martí vuelve a Nueva York a los cinco meses escasos de haberlo abandonado".

Dada la fecha de ese regreso, que conocemos por la carta antes citada, hemos de concluir que los cinco meses escasos de su permanencia en Caracas tuvieron que comenzar o muy a fines de febrero o en los primeros días de marzo de 1881. Dato éste que se corrobora con la afirmación que hizo el gran investigador y publicista martiano Félix Lizaso, al escribir en uno de sus numerosos trabajos, que Martí llegó a Caracas un día del mes de marzo de 1881, al anochecer.

Es pues de todo punto equivocada la frase con que se abre el Preámbulo del libro "*Martí en Venezuela*", editado en 1930, por órgano del Ministerio de Relaciones Exteriores, en la que se asienta que Martí llegó a Caracas en los últimos días de 1880.

Igualmente, y hablando de recuerdos personales y de cosas que dice haber presenciado, Gonzalo Picón Febres escribe en el capítulo Cuarto de "*La Literatura Venezolana en el siglo XIX*", que Martí

vino a Caracas el año 1880 y que ejerció influencia en la juventud universitaria de dicho año. Otro testimonio también errado.

Hemos citado estos dos casos por aparecer en obras de alguna importancia bibliográfica, y prestarse sus errores a seguir siendo repetidos por quienes consulten sus páginas.

Nacido Martí en 1853, cuenta al venir a Caracas poco más de 28 años. Es pues un joven en pleno alborar de su vida intelectual y política; aun cuando en él aquellos veintiocho años representan ya un tesoro de ideas y de experiencias de todo orden, adquiridas no sólo en sus estudios y en sus viajes por casi medio mundo, sino además en el trato con grandes hombres de la política y de las letras, en las labores publicitarias que lo ocupan desde la edad de dieciséis años, y hasta en los meses de larga prisión política con cadenas en los pies que sufre a esa misma corta edad.

Desde su llegada a Caracas aquel temperamento templado y brioso de Martí se siente atraído, por ley natural, como hacia un poderoso imán, hacia la figura amable y serena de quien ya ejerce en Caracas una especie de patriarcado intelectual, el sabio Cecilio Acosta.

El joven Martí, de veintiocho años, viene providencialmente a acogerse, siquiera por pocos meses, bajo la fronda espléndida de aquel roble entero e inabundante que cuenta sesentitres años y que se llama Acosta.

Al Maestro venezolano le conforta y rejuvenece el genio despierto y brillante del joven cubano; y a éste le subyugan la sabiduría, la entereza y la modestia del que meses más tarde al bajar a la tumba, va a merecerle el altísimo epíteto de justo!

Pocos meses de amistad y comunicación entre estos dos hombres, bastaron para que entre ambos se estableciera una corriente de mutua comprensión; y para que el joven, prendado de aquel Maestro, paradigma de virtudes, que era honra de Caracas pudiese un día escribir un altísimo cuanto justiciero elogio, que tal vez nadie más habría compuesto, dados los ruines tiempos que entonces corrían.

Sin duda que mucho influyó en aquella profunda admiración y afecto de Martí por Cecilio Acosta, el momento histórico venezolano en que le tocó conocerlo y tratarlo. Era aquel un fondo de cuadro, sobre el cual la figura dignísima del modesto hijo de San Diego de

los Altos cobraba perfiles de estupendo altoprelieve.

¡Qué momento histórico aquel de los cinco meses del año 1881 en que Martí reside en Caracas! Se vive en pleno "quinquenio"; o sea la etapa segunda, ahora por cinco años de presidencia, de poder omnímodo de Guzmán Blanco, pasado apenas poco más de un año y medio de la primera etapa llamada del "septenio".

El gran autócrata ha regresado de su breve exilio en Europa, ha asumido el mando como Dictador, con aquel garbo decidido de quien se siente superior a todos, y establece un régimen tanto de pomposa ostentación como de severo escarmiento para quienes no están con él. La pluma ágil y vigorosa de Díaz Sánchez nos lo describe así: "El Dictador pasea las calles a caballo, trajeado con un uniforme de Mariscal francés. Cunde el terror. Las prisiones se llenan de nuevo. Cientos de venezolanos, entre ellos Bolet Peraza van a recorrer los duros caminos del ostracismo político. En medio de sus desplantes de demagogo, Guzmán Blanco se entrega a la embriaguez del lucro, ideando medidas fiscales, realizando negocios dudosos, cometiendo toda clase de atropellos para enriquecerse más. Su avaricia no tiene límites. Hace aprobar una nueva Constitución que es bautizada con el nombre de la Suiza. Por ella quedan los Estados reducidos a nueve, en agrupaciones de dos, tres y hasta cuatro, con nuevas denominaciones. Salvo el del Presidente de la República, que sigue siendo de dos años, el período constitucional de los demás poderes se eleva a cuatro. Esta disposición no alcanza al recién llegado pues su período no se iniciará hasta el 20 de febrero de 1882, esto es, después del inevitable interregno dictatorial para la pacificación y reorganización del país". ("Guzmán", 2ª ed., 1952, pg. 572).

Ha logrado, pues, Guzmán entrenzarse en el más absoluto poder, y ha logrado rodearse de toda la riqueza y boato que en su alto puesto puede desear. Pero esto no le basta: tiene que venirle ahora, como inevitable secuela, el vano honor que deben rendirle los hombres, y sobre todo aquellos de alguna alta significación en la política, en las finanzas y en la cultura. Y todo lo va a lograr, el presuntuoso Dictador.

Viene así el período de propia infatuación, que el mismo citado Díaz Sánchez ha calificado muy atinadamente de narcisismo. Una de las mayores amarguras que le habían hecho apurar sus ene-

migos a su salida del poder, tras el **septenio**, fué haberle tumbado las numerosas estatuas públicas que él se había hecho erigir. Ahora, pues, el homenaje de sus servilones va a empezar precisamente por las estatuas. Los congresistas decretan su restauración, le restituyen todos sus antiguos títulos e incluso le acuerdan otros nuevos honores. "Sus generales todos realizan un mero acto de deber en venir a rodearlo y los intelectuales en reconstruir el coro de las adulaciones, lo que el pueblo ha llamado, con su amargo buen humor, la **Adoración perpetua**". (Díaz Sánchez, Ob. cit., p. 579).

En semejante atmósfera de ostentación y de adulancia, no era posible encontrar, ni en muchos metros a la redonda, al rectilíneo y sereno Cecilio Acosta. La honradez y finura de su espíritu no estaban hechas para respirar miasmas tan sofocantes.

Pero su figura no era la de un desconocido; su nombre no era uno más del montón. Y la actitud digna sin orgullo, e independiente sin provocación, que un hombre de su talla adoptó durante aquel bochornoso período de casi general rebajamiento ante el ídolo del uniforme de Mariscal francés, era cosa que se tomaba muy en cuenta, que despertaba en el Dictador los más agrios y mal disimulados enconos, y que a su tiempo explotarían en gesto de ruín vengancilla.

En un nutrido párrafo ha resumido el escritor Rondón Márquez lo ocurrido entre Guzmán y Acosta en estas circunstancias. "Triunfante Guzmán Blanco, —dice— Acosta no gozará de sus simpatías, no porque le haya atacado —que no interesa a tan elevado espíritu la política militante— sino porque se ha colocado al margen de los sucesos y el Dictador toma como un reproche el alejamiento de varón de tal valía, cuya adhesión hubiera pagado a precio de oro. Su modestia y su timidez, además, le apartan del sistema espectacular que se ha adueñado del país. Ya no se ve su firma sino de tarde en tarde en algún periódico apolítico, no se le ofrece oportunidad de regentar cátedras, hasta se aleja de los tribunales: explícate, pues, que también su decorosa pobreza de toda la vida se convierte en verdadera miseria, hasta el punto de faltarle muchas veces medio real para franquear una carta. Puede decirse que vive de las limosnas de sus amigos y admiradores, que no dejan de visitar su casa: son abogados que van a hacerle consultas, escritores y poetas noveles que van a pedirle su opinión y ¡sobre todo! estudiantes que van

a someterle casos o simplemente a provocar su charla porque saben que siempre aprenden algo oyéndole. Así, Cecilio Acosta ejercerá una gran influencia sobre la generación que se está levantando. En esta actitud, él es como un símbolo, como un estandarte de protesta muda en esta época de oropel y fraseología. Ha llegado a constituir para el Ilustre como una pesadilla: él le agradecería que siquiera le atacase. . . Pero Acosta, impasible, vive como en un mundo distinto". ("Guzmán Blanco", 1944, tomo II, p. 242).

Tal es el marco de circunstancias en que a Martí le toca conocer a Acosta. A un espíritu franco, altivo y generoso como el del joven patriota cubano, tuvo que impresionarle profundamente el contraste entre la engréida y omnipotente vanidad del Dictador Guzmán, y la irreprochable dignidad del sabio Licenciado Acosta.

Mientras cultivaba, sediento, aquella alta amistad, y analizaba los tesoros de virtud y de ciencia que en Acosta se encerraban, e iba poco a poco forjando en su mente el retrato más acabado de aquel hombre justo y sabio, estaba Martí muy lejos de sospechar que muy pronto todo aquello iba a salirle en rico torrente por la punta de su pluma, como testimonio justiciero, ante la impensada desaparición del amigo entrañable y del Maestro venerado. Y menos pudo, tal vez, ni siquiera sospechar que la ofrenda que hacía a la acogedora Venezuela exaltando con su verbo entusiasta, aunque dolorido, la figura del más puro de sus hijos de aquella etapa histórica, iba a ser al mismo tiempo el refrendado sarcástico del pasaporte que el Dictador iba a extenderle a las pocas horas de cerrada la fosa de Cecilio Acosta.

Y en efecto, al morir el 8 de julio del mismo año 1881 Cecilio Acosta en Caracas, dice algún historiador de la época que Guzmán logró ahuyentar a mucha gente, incluso notables escritores, de asistir al entierro del eximio Maestro, bajo la amenaza de que irían a la cárcel.

José Martí no podía quedarse callado ante aquella irreparable pérdida. Su pluma vigorosa y ágil, rasgó firme sobre las cuartillas en blanco; nada le detenía, antes por el contrario cuanto más iba escribiendo, con mayor fluidez y densidad parecía correr su pensamiento, y con más vivo afecto parecían inyectadas aquellas frases lapidarias.

El mismo Martí anotó posteriormente en unos apuntes, refiriéndose a esa inmortal apología de C. Acosta: "No tiene

más mérito que haber sido escrita a vuelo de pluma, casi sobre su cadáver, de recuerdos de nuestras propias conversaciones, que debieron ser monólogos, porque de seguro yo no tomé más parte en ellas que la necesaria para provocarlo a hablar y hacerme querer; y otro mérito puede ser el haberse escrito, fresco aún el horror de haber visto morir a tal hombre poco menos que de hambre, sofocado como un ave en la máquina neumática por el odio de su mezuquino enemigo Guzmán Blanco, y en días en que atreverse a honrar a aquel admirable desdichado era afrontar las iras de su odio.”

No fueron seguramente las magníficas cuanto equilibradas frases en elogio del ilustre muerto, las que más debieron de herir el orgullo de Guzmán. Sino más bien unas pocas alusiones dejadas caer como al acaso, pero en las que el inteligente Dictador supo ver muy claro la intención de quien protesta, como puede, de la injusticia cometida contra aquel justo varón. “Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes”, escribe Martí en los primeros párrafos. “Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno: el progreso es una ley individual, no ley de los Gobiernos”, añadía, usando esta última frase original del propio Acosta. Y más adelante usando una figura que debió parecer demasiado clara: “Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, immaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y el escondiéndose, para que no lo vean. . . Descuidaba el traje exterior, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo del alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo”. Y así, por este estilo son otras muchas alusiones, plenamente oportunas y justificadas, ante las cuales la pequeñez de un orgulloso no pudo menos de estallar. Aquel joven cubano había saltado los límites que puede tener la libertad bajo una dictadura.

Todo el mundo en Caracas paladea a gusto ese valiente escrito de Martí, que acaba de aparecer en el segundo número de su “Revista Venezolana” que está cir-

culando desde el 21 de julio. Las copias corren de mano en mano. Los áulicos y servilones del Ilustre Americano se muestran indignados, y con mente y voluntad genuflexas hacen coro a las expresiones de desagrado y a los propósitos de escarmiento que el Dictador ha profirido.

“Hablar mucho de libertad en un país donde se sienta la tiranía tiene sus peligros”, —escribe a este propósito el biógrafo de Martí, Félix Lizaso, —y continúa: “Martí lo sabe pronto. Pocos días después de haber aparecido su artículo, Guzmán Blanco lo llama a su presencia. Por el halago quiere rendirlo a su política de oropel. A la negativa de Martí relucen amenazas y la entrevista termina en altercado. Martí sale de esta entrevista con el Ilustre Americano —como se hace llamar por sus subordinados—, con la consigna de abandonar sin demora el país.”

Casi a las pocas horas de esta entrevista, se encuentra Martí ya a bordo del vapor “Claudius”, que zarpa de La Guayra rumbo a Nueva York el 28 de julio. Durante esas largas horas de travesía le vinieron, sin duda, más de una vez a la memoria, las palabras con que el notable costumbrista y político venezolano Nicanor Bolet Peraza, en la misma Nueva York, había tratado de disuadirle cinco meses atrás, del viaje que intentaba a Venezuela. Bolet Peraza se hallaba exilado por adversario de Guzmán, y sabía que el clima político no era favorable para las prédicas de libertad que Martí llevaba en el corazón y en los labios.

Se ha hecho clásica en nuestros anales, y son sobrada razón, la bellísima carta de despedida que, ya con un pie en el barco, escribió Martí a su gran amigo Don Fausto Teodoro de Aldrey, carta que con razón puede llamarse su despedida no tanto de un amigo sino de toda Venezuela. Su estado de ánimo aunque es todo emociones, es también ejemplo de entereza y dignidad. Se va sin amargura, porque dice que no hay “para labios dulces, copa amarga”; pero añade con la fina intención de quien sabe que el Dictador ha de entenderlo: “ni el áspid muerde en pechos varoniles.”

Puede uno imaginarse el gesto con que Guzmán leería en “La Opinión Nacional” esa carta, digna de una antología, con que Martí decía adiós a Caracas.